

cepciones del porvenir de América, como el poseerlas sin mácula de odio. Nuestra fe es que el odio niega la espiritualidad y, por lo mismo, conspira a imposibilitar toda relación lógica, armónica, entre las tendencias culturales de los pueblos, los impulsos de evolución racial y las urgencias normativas de la civilización. Mas de esto habrá que hablar con calma algún día, quizás dentro de las formas de una naciente concepción de la historia.

\* \*

Con motivo de la publicación referente a Gentile, hemos vuelto a tener en las manos su libro *Discorsi di Religione*. Y hemos creído que convendría citar algunos párrafos al objeto de mostrar, siquiera parcialmente, la génesis filosófica de la reforma educacional. Hay en ello la conveniencia de contribuir a evitar que, mal interpretada la posición de Gentile, se pretenda confundirla con ciertas actitudes reaccionarias. (Un estudio serio de la cuestión—que ha sido prolijamente debatida—requeriría un trabajo superior en mucho a estos breves apuntamientos).

\* \*

El primero de los discursos se refiere al problema político. Se puede decir que en ese capítulo se trata, sintéticamente, de la historia, mejor dicho de la evolución y de la filosofía del laicismo. Una idea somera del criterio dominante en el discurso se tiene en presencia de sus párrafos finales.

La religiosidad no puede ser del Estado si no es del pueblo, es decir, del individuo, en el cual el Estado adquiere conciencia de sí y, por lo mismo, realidad. Y si el Estado no debe ser algo de abstracto y utópico, sino la forma concreta de la vida de un pueblo, en el Estado—por ejemplo, en su cultura como la representa la escuela—no es realizable forma religiosa que no tenga su raíz en la conciencia popular. El Estado debe mirar a la Iglesia como aliada, no por lo que ella tenga de particular en cuanto es una Iglesia entre las otras; sino por aquello en lo cual todas las iglesias se acuerdan para la persecución de un ideal común. Ahí reside la fuerza de la Iglesia que el Estado debe reconocer.

La Iglesia, de su parte, debe abandonar la antigua pretensión de prerrogativas y privilegios no pertinentes al carácter de la misión que cumple. El Estado, sin combatir ninguna particular forma religiosa, debe reconocer y afirmar el valor de la religión como ella vive a través de todas las formas.

Gentile aclara el concepto con una justa comparación. Cada hombre de gusto le tributa homenaje a la poesía sin confinarlo en la contemplación de un solo poeta. Y el poeta, el verdadero poeta, por grande que sea, no ambiciona otro aplauso que el del espíritu abierto a la apreciación de toda divina forma de belleza.

El problema religioso de la política no es, pues, el de las relaciones entre la Iglesia

y el Estado. No cabe renunciar a la autonomía y soberanía del Estado. Afirmandolas, se le atribuye a éste no sólo un fin de cultura abstracta sino de plena formación de las energías espirituales. Mas reconocido el carácter intrínsecamente religioso de la vida, se reconocerá que tal formación no logra ser intelectual sin ser, a la vez, moral y religiosa.

De esto, en todos sus complejos aspectos, se trata en el discurso segundo. «La vida humana es vida espiritual». Tal es el postulado cardinal. «El espíritu es libertad; la naturaleza, mecanismo».

De ahí la otra afirmación: la vida humana es pensamiento. Pensar es filosofar. Y filosofar no es afirmar el sujeto ni el objeto, sino ambos. Lo que conduce rectamente a la afirmación de la esencialidad moral de vida humana. Porque la vida espiritual viene a ser *concretezza di pensiero*, y la vida en su concreta plenitud no es para el hombre ni arte, ni religión, ni ciencia, sino moralidad, ya que no podemos pasar—advierde Gentile—de un momento moral de nuestra vida a otro que no lo sea. La vida humana es esencialmente moral, y lo que llamamos prácticamente moral es lo mismo que teóricamente filosofía. Por donde entra Gentile a definir el sentido de la filosofía, mejor dicho, de su problema, que es el problema del idealismo. La filosofía es idealismo después de Platón.

Traza brevemente Gentile la síntesis de la evolución del idealismo, de Grecia a Cristo, y después hasta Kant. Luego, tras la crítica del idealismo, de penetración ad-

mirable, formula el concepto del idealismo actual, que es trascendental y absoluto, pero antintelectualista y antivoluntarista. El pensamiento, dice Gentile, en su actualidad, como autocreación de la realidad absoluta, identifica en un todo el querer y el conocer.

¿Tal posición es religiosa o impía? Siendo el idealismo moderno el concepto de la realidad como autoconciencia, y siendo ésta sujeto, y éste, sujeto en cuanto es objeto de sí mismo, la realidad del espíritu y la del objeto se confunden—lo que, salvo al modo de la vieja psicología metafísica, ha de concebirse dialécticamente como *alteritá* del objeto y vida del objeto. Éste es así infinito y, en lo tanto, trascendente y divino. Por lo que la filosofía debe contener a la religión. Y debe darle conciencia al hombre de esta inmanente necesidad de la inherencia de la religión o de la presencia de Dios en la vida concreta del espíritu.

\* \*

El tercer discurso termina así—en parte: el morir de la religión es el vivir del espíritu, el cual vive la religión superándola, y superándola realiza el bien y cumple su misión eterna por sobre todas las religiones.

.....  
Gentile, como Alfredo Loisy, parece pensar en la Religión de la Humanidad.

OMAR DENGÓ

Heredia, marzo, 1924.

## Vida íntima de Ramsay Mac Donald...

(Viene de la página anterior).

»En 1896 contrajeron matrimonio y fueron a vivir a una casita situada en Lincoln's Inn. Fields. Margaret Gladstone puso a disposición de Ramsay Mac Donald todas las ventajas de su posición. Lo ayudó en sus labores políticas, alejó de él todo motivo de desaliento, lo confortó con su fe profunda y, en una palabra, ofrendóle a él y a los principios por los cuales luchaba, la vida entera.

»A su modesta residencia acudían innumerables visitantes, amigos y aliados unos, desconocidos los más. Su casa se hallaba abierta para todos, y en ella se recibía lo mismo al pobre que al rico, de suerte que ella llegó a convertirse en el lugar de cita preferido de cuantos soñaban con reformar el mundo: socialistas de Holanda y de Inglaterra; intelectuales de Italia; soñadores y utopistas rusos, muchos de los cuales habían pasado veinte años en Siberia por su amor a la causa de la libertad. A toda esta gente se la recibía en dos pequeñas habitaciones, cuyos muros, desde el suelo al techo, se hallaban recubiertos de libros, y allí se discutían todas las cosas que es posible discutir bajo el sol. Refiriéndose a esos días de entusiasmo y de generosa fer-

mentación, Mac Donald dice: «Algo surgía de la superficie social en todos los países del mundo; algo vigoroso digno de escucharse, algo, en cuya virtud, tarde o temprano, las desigualdades sociales habrían de enderezarse».

Pero veamos lo que acerca de la dueña de casa dice Mr. Saunders:

«Era bella y excepcionalmente buena. Bastábale saber que alguien necesitaba de su ayuda, para que inmediatamente acudiese a prestarle su auxilio. Su espíritu humanitario era capaz de habérselas con el universo entero. Por eso, el secreto de la atracción que sobre ella ejerció Ramsay Mac Donald, estuvo, tal vez, en el sincero entusiasmo con que el líder laborista luchaba por mejorar las condiciones de vida del pueblo y de los desheredados. Impresionáronla los encendidos discursos del joven en favor del proletariado, y el brillo profético que lucía en sus ojos al pronunciarlas.

»Era franca y leal en la conversación, y sus palabras eran graves y precisas cuando se trataba de asuntos vitales, pero alegres y afables en la charla familiar. Refirién-